

Antonio Bórquez Solar

Bizarrías de Antaño

Y en aquel tiempo de los tranvías con caballos, que no era llegada la Compañía Eléctrica, cuyo terrible monopolio agobia hoy a Santiago, conocí al poeta Pedro N. Préndez en la imperial de un carrito de la calle Vergara. ¿Quién me lo presentó? ¡Qué noble y arrogante facha de poeta! Barbilla y chambergo zorrillescos; despreocupado el ademán; traje claro; gran cigarro habano oloroso; mirada majestuosa y cariñosa; sonoridad un poco inflada en la palabra. Recio apretón de manos y dulzura en la voz ronca y solemne al decirme:

—Ya conocía su nombre de poeta...

—No lo soy todavía—le contesté.—Pero trabajo por serlo, y lo seré seguramente.

Mientras corrían los caballitos en la claridad de la luna verdosa, pensaba yo en la obra de este poeta tan discutido, tan sonora y tan elocuente. Su fervor poético, admirable; sus éxitos en certámenes, merecidos; su elocuencia tribunicia en el verso... Simpaticé. No sé qué aire de caballero de capa y espada salido de los predios calderonianos yo le encontraba. Le hallé un parecido con un retrato de don Isidoro Errázuriz, que mi padre tenía en su escritorio. Y cuando le ví erguido, con la copa en la mano, el cigarro en la otra para decirme salud, en el mesón del restaurant del Parque, me preguntaba interiormente por

qué este hombre grande, macizo, férreo no era un caudillo o un domador de muchedumbres. Creo que de esta vez aprendí algunas presentaciones oratorias y efectistas.

Andando el tiempo, me pidió unos versos para el álbum de sus hijitas, flores de hermosura que yo sabía, sin conocerlas. Los hice. Están en mi «Campo Lírico». Después conocí que don Pedro era un formidable improvisador. Recuerdo muchas ocasiones en que lo oí, y junto con González, que no atribuía gran importancia a esta facultad para mí sorprendente en aquel tiempo. Por ella le aplaudían maravillados sus amigos en el Club. En algún modesto pero honrado salón, fui testigo del triunfo que el poeta obtuvo por una feliz y larga improvisación: una joven y hermosa señora deshojó varias rosas y en una lluvia perfumada, blanca y roja las dejó caer sobre la cabeza del inspirado, mientras los circunstantes aplaudían entusiasmados y gozosos...

* * *

En este mismo año encontramos, unos cuantos poetas y escritores, a una señora que nos recibió en la más amable y fastuosa hospitalidad. De ella he hablado varias veces en artículos que van por ahí desparramados en diarios y revistas. Por lo menos una vez por semana nos congregaba en ágapes fraternales. Las viandas y los vinos eran de lo mejor del «Restaurant Santiago». Marcial Cabrera y yo, los amigos más antiguos de la hermosa señora, invitamos a los nuestros, con el alegre beneplácito de ella. Muchas veces nos sentamos en torno de la mesa, en aquella simpática mansión. Pedro Antonio González, Pedro Nolasco Préndez, el pintor Ernesto Molina, M. Cabrera Guerra, Ricardo Prieto M., Roberto Vera Calvo, Gustavo Valledor Sánchez, Carlos Varas M., Federico Gana Gana, Ventura Fraga, los centroamericanos Roberto Brenes Mesén y Arturo Ambrogi, Ricardo Fernández Montalva, Angel C. Espejo y yo.

Y nosotros, en cambio de los placeres gastronómicos y espirituales que teníamos en aquella agradabilísima morada, nos es-

merábamos en rendir a la señora nuestros homenajes de cortesía y respeto agradecido. Eran aquellos ágapes verdaderos, fraternales. Nunca en la charla alada y ligera se deslizó una sola palabra maligna o perturbadora de cordialidad. Esa espiritual señora tenía la gracia de hacernos olvidar nuestras pequeñas rivalidades de cenáculo o de camaradería, y distinguiéndonos a todos, tenía especiales atenciones para cada uno, con una admirable pulcritud de tacto. Y no era ella una literata, ni presumía de cosa alguna; ni aún de su simpático don de gentes. Nos manifestaba cariño con una ingenuidad encantadora. Para ella un poeta, un escritor, por minúsculos que fuesen, eran acreedores a toda clase de consideraciones. No tenía ni más ni menos ilustración que la que adquirieron las señoritas todas de su tiempo, y, sin embargo, con una fineza exquisita nos sorprendía con sus observaciones y pareceres, aún en nuestros graves coloquios de arte y poesía. Esta dignísima señora merece, pues, un lugar muy señalado en esta historia de literatura que voy tejiendo a mi manera: doña Rita Aguilera de la Maza, de una de las más nobles familias, de antigua prosapia, de la ciudad de Los Angeles.

* * *

Al final de mi «Memorandum» encuentro la poesía que recité en la tumba del poeta don Guillermo Matta:

Así como a un golpe de hacha cae el alto pino,
súbitamente ha caído este cantor divino.
Era un gran poeta lírico este noble anciano
con la unción bíblica de la lengua y el rostro huguiano.
Cuando vibraba esta voz gran silencio se hacía
y le escuchaba la noche y le escuchaba el día,
en medio del silencio de un respeto profundo,
como si el verbo de Dios cayera sobre el mundo.
Su lira era de un noble roble de la montaña
indígena y tenía una armonía extraña,
soberbiamente épica, soberbiamente ruda,

que vibró suprema sobre la frente desnuda
de un gran pueblo, sobre la frente de una gran raza
que cantó su primer verso al golpe de su maza ,
sobre los fuertes cráneos de aquellos hombres blancos
que llenaron las fauces de los negros barrancos
de la tierra araucana; su regia lira brava
que tanto más sacra fué porque nunca fué esclava...

Cuando el viejo trovador pulsó sus cuerdas sordas
sentimos como un rumor ruidoso de cien hordas
marchando a las batallas, delante a los volcanes,
al compás de sus sangrientos y roncós peanes,
debajo y a la sombra de su pabellón de guerra,
mordiendo con sus lanzas los pechos de la tierra.
Su poderosa y vibradora voz se alzó entonces
con el fragor de unas montañas de recios bronce
martillados en el yunque de una gigante fragua
puesta sobre la altiva cumbre del Aconcagua.

Subieron sus acentos más altos que los montes
y poblaron sus notas los amplios horizontes.
Y fué como un fiero lidiador de empuje fiero.
Bien pudo ser de Arauco el trovador primero
Tuvo el brillo y el choque del yelmo y la coraza
Por esto y la figura fué un poeta de raza.
Este noble trovador tuvo el soberbio empuje
de un vuelo de cóndores... Cuando su verso ruje
parece que gritaran en sus roncós acentos
las cóleras tonantes de los australes vientos.
Cuando cantó su lira la Libertad sagrada
tuvieron sus estrofas la audacia de la espada.
En él se confundieron apóstol y profeta:
Es que este soberbio lirico era el gran poeta
de un Evangelio. Por esto su Pean de lucha,
del uno al otro extremo la América lo escucha.

* * *

En el año 1899 continúo con mayor empeño, si cabe, mis labores literarias. En el anterior había terminado un poema dramático, «La Epifanía de la Quimera», que fué muy aplaudido por don Eduardo de la Barra, poema que guardo inédito. En Marzo de este año compongo otro poema dramático, «Amorosa Vendimia», que publicó en números sucesivos «La Revista Nueva», posteriormente, la revista de Enrique Matta Vial.

En Abril del mismo año se me ocurrió dirigir una carta, en «La Ley», a don Eduardo de la Barra, sobre los ritmos castellanos. Le decia;—barbaridad de la que entonces no me percataba—al conocedor profundo, hasta en lo más recóndito de nuestra Métrica,—que era necesario reformarla e inventar nuevas combinaciones y desdeñar los antiguos metros y estrofas, que había que atender a la orquestación rítmica y que había que inventar una nueva cláusula, la tetrasilábica. También le hablaba del tripentálico de Pedro Antonio González y a éste lo proclamaba yo, no muy disimuladamente, el primer poeta de Chile. Tal vez esto fué lo que más irritó a don Eduardo, porque inmediatamente me administró una contestación muy merecida, *suaviter in modo fortiter in re*. Salté como con el dolor de un pinchazo y llevé a la imprenta mi réplica, atrevida, virulenta, que se alcanzó a componer; pero que el director del diario tuvo la feliz ocurrencia de retirar de las cajas. Conservo las pruebas de los originales y en el margen se lee esta nota: «Esta contestación está corregida, para suavizarla, pero contra mi voluntad, por Marcial Cabrera. El Director de «La Ley» la hizo retirar estando ya en prensa, don Manuel Vicuña». ¡Qué acertada medida la de don Manuel! Si se hubiese publicado, gran pesar habría tenido el grande hombre que fué don Eduardo de la Barra, honra no sólo de Chile sino de América. ¡Y cuán arrepentido estaría yo y con qué perdurables remordimientos!

• • •

Hay que recordar ahora el «Anexo» de «La Ley». La idea fué exclusiva de Marcial Cabrera Guerra. Una vez a la semana, al número ordinario se le agregaban ocho páginas, formato Mercurio, de amena literatura, poesías y prosas de americanos, de artes y propaganda científica. El éxito fué completo: el «Anexo» era esperado con ansias y de provincias se pedían centenares con mucha anticipación. Sirvió de una manera decidida al resurgimiento de la literatura nacional. Admitía toda colaboración en que el autor demostrara talento, y dió a conocer a los mejores poetas y escritores de América. A tal «Anexo» dedicaba Cabrera todas sus energías y por esto él hizo un gran bien a la cultura de este país, y combatió de una manera indirecta, pero no por eso menos efectiva, el cretinismo imperante. Hizo conocer que la renovación literaria se verificaba en todas partes, en toda tierra hispanoamericana, que la idolatría por Núñez de Arce y Campoamor había pasado, que la trompetería lírica era molesta a los oídos modernos, que a la ramplonería de poetas hueros y versificadores melencidos había sucedido un sentido poético nuevo, una inspiración elevada y una renovación ideológica completa en materias artísticas. Las gentes vieron en este «Anexo» la importancia tan grande que tenía en otros países el tañedor de lira, y comenzaron a comprender que no solamente de pan vive el hombre. También se principió a ver que no tan sólo entre los de mi «aljama literaria Rubén Darío era gran rabino», como me escribía don Eduardo de la Barra.

Ahora, por qué fué efímera la duración del «Anexo» benéfico, no lo sé; pero puedo decir que en los compartimentos inferiores de la nave habían empezado a diseñarse mal encubiertas vías de agua.

• • •

¡Y qué excelente persona era don Manuel Vicuña! Parece

que le estoy viendo, bajito, gordo, blanco y rosado, con su cabellera blanca, bien plantado, *bien gallo*. El fué el que dió rumbo recto a la barca que andaba al garete. Su voz de mando era ronca, y en sus charlas y anécdotas de su vida, intensamente vivida en medio de América, afectuosa y emocionante. Con sus aventuras del Perú y Bolivia, en distintas épocas, se hubiera podido hacer un libro voluminoso y muy interesante. Permanecía en la imprenta hasta media noche, y muchas veces, después de terminar las tareas del diario, nos invitaba a su casa a tomar el té, y este se convertía en una buena cena, fiambres, vinos, dulces exquisitos; y todo con amabilidades varoniles nos lo servía él mismo porque la señora y la servidumbre estaban ya descansando a esa hora. El primer redactor, Cabrera Guerra y yo éramos los invitados en su casa de la calle Cienfuegos, a un paso de la Alameda.

* * *

Me parece que fué en Junio de este año 1899 cuando apareció la primera revista modernista en Santiago, costeadada y dirigida por un estudiante de medicina, León Garcin (Lautaro Ponce en la matrícula de la Escuela Médica). Tenía un bello nombre dicha publicación: «Lilas y Campánulas». Buen papel; elegantemente impresa, edición de lujo, según los últimos modelos de París. El primer número en que aparecía una hermosa profesión de fe modernista, con el título de «Zafarrancho» y que firmaba Alejandro Parra, fué comentado con airadas protestas. ¿Quiénes eran esos muchachos insolentes que se atrevían a tanto, contra los dómines, contra los consagrados por la mediocridad imperante? ¡Oh! la grita partía de la Universidad, del Instituto, hasta herir los tímpanos. Pero lo más irritante era que esos mozos audaces no eran simplemente unos aparecidos, de esos que pueden encontrarse en cualquiera escalinata de imprenta, tartajosos, farsantes y garrapateadores de papel en blanco. No, que demostraban una superior ilustración, no poco talento, y lo que es de más precio, valor para pensar libremente, independendencia de criterio. Fué esa

revista «Lilas y Campánulas» una revelación y una reafirmación de la existencia en Chile de un núcleo de juventud sedienta de renovación artística, anhelosa de respirar el aire puro, de hacer obra propia, después de haber guardado con cien llaves, para que no dieran voces, como decía el otro, cánones y dogmatismos que no tenían razón de ser alguna.

¡Y qué prosa esa de la peregrina revista! Alada, ligera y tornasolada como las alas de una mariposa en ondulante y veleidoso vuelo. En el «Zafarrancho», vibradora, tonante, con chasquidos de acero que se cruzan; en los cuentos, polifona y multimatizada, con una novedad sorprendente. Y mis versos que no podían faltar, sencillos, o con las tristes dulcedumbres de mis nostalgias de la insula nativa, deliberadamente sencillos para mostrar que ya entonces podía yo hacer lo que quería con mi instrumento lírico. Sólo en el último número de «Lilas y Campánulas» publiqué mi «Aquelarre» que tanto dió que hablar, como veremos.

Y más versos seguí publicando en otras revistas y diarios, incansable y tenaz, con el laudable propósito de hacer resaltar mi personalidad.

Por este tiempo que voy recorriendo rápidamente, por intrigas, por deleznable intereses, los del entresuelo de «La Ley» se sublevaron contra el patrón y la oficialidad superior del barco, digo, del diario; hurtaron el título, los libros de Caja, los tipos, y se fueron a poner casa aparte en la calle Serrano. Don Manuel Vicuña, el primer redactor, Cabrera Guerra, el jefe de informaciones, Pedro Rivas V. (Berdica) y no recuerdo quiénes más, fuimos a «La Tarde» hospitalaria a sacar «La Ley» que contó, desde luego, con la adhesión entusiasta de toda la gente honrada. Galo y Alfredo Irrázabal prestaron entonces a los radicales un gran servicio, cuando nos recibieron con los brazos abiertos y nos ayudaron a salvar del naufragio la obra de Palazuelos... Mas esta incidencia dolorosa para el gran diario radical no quiero puntualizarla aquí, por piedad para algún sobreviviente de aquella iniquidad abominable. Eso sí que no la podré olvidar porque fué la primera manifestación

de la gangrena que comenzaba a corroer el poderoso organismo, causa de su aniquilamiento en toda su virilidad... Inolvidables serán esas noches de «La Tarde» en que hacíamos «La Ley Chica», como dió en llamarla el público. Ninguno dejaba la gran sala de redacción hasta que no se entregaba al Regente la última línea de material. No nos faltaba algo que cenar y rica chicha, obsequios de don Manuel o de Galo Irrázabal.

Tanto éxito tuvo «La Ley Chica», que entre serio y festivo el Presidente Errázuriz decía a este respecto—así nos lo contaba alguno de sus conftertulios:

—He partido a «La Ley», pero como la culebra partida... me han salido dos culebras.

Por algún tiempo, días muy largos para los buenos radicales, se publicaron dos hojas diarísticas con el mismo nombre supradicho.

• • •

En estos mis recuerdos no he hablado aún de mis caricaturas. La primera es la que más estimo, tal vez por su origen.

Escribí una vez, a fines del 97, me parece, una carta al poeta Préndez, en el diario, y entre otras cosas le decía que yo no quería seguir los caminos trillados en literatura, porque me sentía con fuerzas para abrirme una senda, y agregaba: *Yo no quiero ser hiedra, porque soy árbol. Voy por mi camino mío al Arte*, frase que llegó a tener mucha circulación entre mis émulos. Bien. En el N.º 6 de Febrero de 1898 de «La Revista Cómica», ¡fijarse bien!—en la revista a la que con mis colaboraciones continuadas y gratuitas había contribuído a que ganara dinero—apareció en una página, arriba, el retrato de la Srta. Teresa Mac-Clure Besa, y abajo mi caricatura: actitud tribuni-cia, melena desordenada, que jamás he usado, al frente de dos señores que miran espantados, y con esta leyenda en verso:

—¿Qué yo soy del cenáculo?—Mentira!—A mí nada me arre-

dra,—ora empuñe la lira—ora la trompa emboque—yo seré yo; el árbol, no la hiedra...—¿Y qué árbol es éste?—Un alcornoque.

Contemplo, ahora, en mi mamotreto el viejo recorte y leo en una esquina, casi con pena o con miseración, lo que escribí hace veinte años: «La Revista Cómica» de Luis F. Rojas, dibujante, y Abelardo Varela. Otro sapo más que hay que aplastar». El pobrecito Abelardo Varela hace muchos años que se suicidó por no sé qué contratiempo amoroso. Era un versificador muy estimable y traductor de poesías brasileras. Era bajito de estatura. Hablaba también en voz baja, con cierto roce sibilante interdental. Tenía el aire y la color del rostro japoneses. Siempre se me manifestó muy amigo mío. ¡Ahí está la prueba! Por ésto yo lo saco del olvido en que se había ahondado para siempre.

De la veintena de caricaturas que me ha hecho la buena o la aviesa intención, recordaré también, porque me agradó, la que dió «El Figaro»: Llevo gran chambergo, perilla quevedesca y desciendo del tren en la *estación de Rengo*. Acompañábala Bel Ami (Carlos Varas M.) con estas líneas que me complazco en copiarlas:

•BÓRQUEZ-SQLAR

«Nuestra envidiada Bohemia tiene en él su genial poeta. Es nuestro amado Verlaine que en las horas del placer desparra-
ma sobre el llameante ron de nuestras cenas, en triunfal derro-
che, la lluvia de oro de sus versos. Parece tener lleno el cora-
zón de estrofas y la mente de quimeras.

«Su alma blanca de poeta hecha de miel humana como el alma de Macbeth, encuentra en cada corazón un amigo y un confidente.

«Es nuestro *alter ego*, el otro yo de cada uno de nosotros, el que se embarca en nuestros sueños y el que nos acompaña con sus efusiones de poeta en los momentos de infortunio y de dolor.

«Está siempre a nuestro lado, alegre cuando reímos y triste cuando lloramos. Es el amable compañero a quien vamos a pedir el consuelo en las horas enlutadas de nuestra vida.

«En un día de Invierno, uno de esos días aciagos en que sobre el corazón se abaten todos los dolores, fui a visitarle a su *palacio de Verano*.

«Yo llevaba el alma enferma. Una secreta pena llenaba de sombras mi espíritu. El poeta soñó a mi lado, evocó con su ardiente inspiración todas las grandes alegrías de la vida, las supremas y radiantes ilusiones y me hizo de ellas el obsequio.

«Y como en su alma, una alondra cantó en la mía alzando el vuelo».

Hoy aún me conmuevo agradecidamente al leer tan amables palabras, collar de perlas preciosas para mí en aquellos dolorosos días de orfandad y de combates.

* * *

Recuerdo que en el año 1899 se publicaron tres libros: «Eros» de Alejandro Parra, «Ultima Esperanza» de Emilio Rodríguez Mendoza y «Sepias» de Pedro Rivas Vicuña.

«Eros», un hermoso libro de cuentos que revelaban una fogosa imaginación poética, tenía un prólogo con este título, corto y sonoro como una palmada en un carrillo de filisteo: Yo. Y era incisivo en su forma alada, ligeramente burlón, hiriente a las veces, para los menospreciadores, por incultura mental o ceguedad de espíritu, de la Belleza y de sus fueros. Fué muy comentado ese prólogo y su autor tuvo que oír, sonriente, más de un ladrido de quiltro sarnoso. En una hermosa invectiva decía el autor de «Eros»: «Desde Homero hasta mí todos los poetas», etc... ¡Oh! esta franqueza, esta altivez provocaron un escándalo entre toda la multitud hipócrita que no puede tolerar el talento que se conoce a sí mismo y que se luce.

Con la más pura delectación leí este bello libro de una mente privilegiada, de un espíritu valeroso, de un corazón ardiente. Y es preciso declarar en razón de justicia que desde entonces

acá no han sido superados por otro alguno, en Chile, tales cuentos de tan claro resplandor hialino, emocionantes, mariposantes en su vuelo tornasolado. Era la prosa nueva que exigía el espíritu nuevo, obra de orfebrería y de lógica a un tiempo mismo; tenía la gracia del ala y la audacia refulgente de la espada. Pues por esto su autor también fué regalado con el mote, no de modernista, sino de *decadente*. Se comprenderá ahora el motivo de mi delectación. No estaban entonces justificados mi regocijo y mi entusiasmo. Sólo muchos años después se publicó un libro que lucía en su portada el título YO. Su autor, al igual que Parra, nos mostraba su espíritu orgullosamente. Pero Alejandro Parra era el primero en la cronología.

En este mismo año don Manuel Vicuña dejaba la dirección de «La Ley». No quise seguir con el que llegó a reemplazarle y me fui a «La Alianza Liberal» de aquel gran patricio que fué don Claudio Vicuña. Aquí serví gratuitamente. También colaboré en «El Fígaro», que ya he nombrado, y que me pagaba *dos pesos cincuenta centavos* por una prosa o versos humorísticos que yo perpetraba terriblemente. No sé si las musas benignas me habrán perdonado estos atentados. Pero al fin yo tenía vergüenza de firmarlos, y dicen que la necesidad tiene cara de hereje.

Después entré en «La Tarde» de los hermanos Galo y Alfredo Irrarrázaval. Recuerdo que la primera mañana que llegué, fui recibido por el mismo Galo con las más vivas muestras de simpatía. Entre otras cosas me dijo:

—Aquí, amigo mío, vivimos trabajando en la más alegre camaradería y todos de capitán a paje vivimos de lo que da la venta del diario. De modo que no podré darle más de veinte pesos a la semana. Si mejora la venta, naturalmente le aumentaré...

Yo acepté.

—Escriba entonces sobre lo que Ud. quiera... Aunque no... ¿Puede Ud. hacer un cuentecito?

Dije que sí y me puse a trabajar con el temor muy explicable de hacerlo malo o mediocre. Una hora, no más, corrió mi

pluma en las blancas praderas y llené cinco carillas de letra menuda y azul. Me levanté contento de mí mismo a leerlas al Director. El me aplaudió y añadió:

—Me felicito y lo felicito. Veo que he hecho una buena adquisición, una magnífica adquisición.

El cuento tenía por título «Pelete el Tambor», que ha sido reproducido muchas veces en diarios y revistas nacionales y extranjeras.

Mis nuevos compañeros me manifestaron sus complacencias por mi ingreso al diario. Estos eran: Emilio Rodríguez Mendoza, otro emigrado de «La Ley», el infortunado colombiano Juan Coronel, Miguel A. Gargari, Roberto Alarcón y Oscar Sepúlveda. Gargari dirigía «Los Lunes» de «La Tarde» y a poco de llegar yo a Santiago a la conquista de la fama, me había saludado burlonamente, primero, y en seguida me había espetado una grosería porque yo rechazara la burla, en el diario, en forma seria y digna: publicó «Los Lunes» mi caricatura: sobre una vasija mi cabeza deformada por un enorme chambergo y en el vientre de la vasija la palabra *Hiel*. ¡Yo!... que tengo el alma melificada con las mieles de las infinitas abejas de los bosques y verjeles insulares. «¡Yo! que había dejado sin dulzuras el Archipiélago por haberlas traído todas conmigo para mis versos y para deleite de los demás!

Al entrar yo en «La Tarde», perdonando todo, generosamente, estreché con fuerza la mano que él me tendía, lo mismo que la de Roberto Alarcón que había parafraseado sarcásticamente una de mis poesías. Los dos ya cayeron en la terrible sombra; los dos apagaron para siempre el resplandor de sus pupilas, y yo no quiero que se mueran del todo, yo que perdono y estampo aquí sus nombres para que no los olvide la posteridad.

• • •

No se debe tampoco dejar en el olvido a Juan Coronel, periodista y orador que pasó entre nosotros como un bólido

fugaz. Se presentó en «La Ley» y comenzó a escribir. Yo le anuncié, primeramente, en un corto artículo. Pronto sus Crónicas del Cable llamaron la atención y se hicieron famosas. Era su erudición internacional no vulgar; su estilo, aunque amazacotado, rimbombante en la forma, tenía facilidad, a la antigua usanza y con influencias del genio castelano. Personalmente, en él resaltaba el tipo africano puro. Tenía el cabello corto y crespo, en motas relintas; cejas espesas; la color casi negra; boca grande y bellos. Su estatura, regular y curvada la espina dorsal, arriba, hacia las vértebras cervicales, lo que le obligaba a andar en forma muy poco airosa. Desgraciada figura de hombre; pero tenía talento grande.

Desterrado de su país, en forzada peregrinación en tierras extrañas, llegaba de Centroamérica. Se decía que en Colombia había sido flagelado y recibido tormentos que lo habían descoyuntado.

El nombre de Juan Coronel sonó aquí de repente como un trueno, con honda y redoblada repercusión. Una noche subió a la tribuna del Ateneo y peroró con tan fecunda verba, tan brillantemente, electrizó de tal modo a la concurrencia, que ésta que había sonreído despectivamente al verle ascender tan desgarbado la tribuna, le aplaudió a cada respiro que tomaba el orador, entusiasmada, loca, en delirio. Al final le tributó la más grandiosa ovación que se haya tributado en el Ateneo. Las señoras le aplaudían de pie. Al salir él a la calle, aquella distinguida concurrencia le siguió entre un sonoro y largo batir de palmas. Al día siguiente todos los diarios dieron cuenta del orador y de su triunfo magno. Juan Coronel se hizo desde entonces popular. Gente aristócrata le abrió sus salones. Se hizo de relaciones entre los políticos y triunfó verdaderamente. Poco tiempo después iba como secretario privado de la Comisión de Chile a la Conferencia Internacional Panamericana en México.

No recuerdo cuánto tiempo después de su regreso se volvía loco, con delirio de grandeza, en su alojamiento del Hotel Francia de la Plaza de Armas. Fui a visitarlo apenas tuve noticias de su desgracia. Estaba en cama, sentado, con la cabeza ama-

rrada con una toalla de manos y pedía a Cheyre, dueño del Hotel, que le aplicara paños empapados de Agua de Colonia, en el cerebro. Al verme y apretarme la mano me dijo:

—Bórquez, ahora se acabaron las pobrezas. Soy rico, poderosamente rico.

Y luego dirigiéndose a su paciente cuidador:

—Mire, Cheyre, extiéndame a favor de Bórquez Solar un cheque por dos millones de pesos... ¡Ah! ¿salió ya el vapor de Valparaíso que lleva esa barbaridad de plata y de lingotes de oro para mi madre?... Bueno. En la próxima semana me caso con su hijita mayor, y hay que comprar el mejor yatch de Estados Unidos para nuestro viaje de novios...

Dóngame más Agua de Colonia aquí... aquí en el cerebro...

Trasladado a la casa de Orates, falleció a los pocos días después.